

Razones para no dedicarse al libro (y una sola para hacerlo)

Los editores

Desde Augusto Monterroso («Cuando tengas algo que decir, dilo; cuando no, también») a Stephen Vizinczey («No beberás, ni fumarás, ni te drogarás: para ser escritor necesitas todo el cerebro que tienes»), son muchos los decálogos –y anti decálogos– de escritores con los que contamos. Uno que nos gusta especialmente pertenece al difunto Javier Marías, que hace exactamente treinta años, en un congreso literario, se atrevió a hacer una sorprendente proposición titulada «Siete razones para no escribir novelas (y una sola para escribirlas)», donde se atrevía a poner en solfa los lugares comunes del arte de la ficción y soltaba verdades como puños: hoy cualquiera escribe novelas, publicar no da dinero, ni fama, ni inmortalidad, el novelista es un tipo que pasa demasiado tiempo en soledad...

Del texto de Marías nos atrae su valentía a la hora de desmontar los mitos de eso que llamamos «la edición», un ecosistema que por lo general prefiere fabular sobre su cometido antes que quejarse, o que mostrarse tal cual es en la actualidad, cuando, por mucho que aún se estilen los libros de memorias editoriales de otro tiempo, nuestra industria sufre los embates de un correoso mercado laboral, y de un público cada vez más volcado en lo audiovisual. Por eso decidimos preguntar a varios profesionales cuáles serían las cinco razones para no volver a empezar, y qué cosas son las que les hacen renegar de su día a día. En la carta que les enviamos les decíamos:

Aquí vale la ausencia de vacaciones pagadas, si eres autónomo, o lo horroroso que resulta montar reuniones donde no se decide nada, o esas presentaciones de libros a las que no asiste nadie, o el tiempo que aguanta una novedad antes de ser devuelta, o la renuencia de un librero a aceptar

apenas dos páginas sobre un título de tu catálogo, porque ya no quiere «papel». Y de ahí al infinito. Tú, mejor que nadie, sabes de los sinsabores y contradicciones de tu día a día. Eso sí, una vez hecho, te pedimos una razón (una sola) que a tu entender justifique tu cometido, que valide el modo en que empleas tu tiempo.

Hoy presentamos las respuestas de quienes conocen bien la industria: en sus textos se ven reflejadas las agencias literarias y la edición –tanto de un gran grupo como la independiente, tanto la de adultos como la infantil– así como la distribución, la prensa cultural, las librerías, las traductoras, los correctores... Cabe apuntar que en abundantes casos nuestros invitados podrían muy bien compartir «camerino»: así, y por poner dos ejemplos al tuntún, Ricardo Artola es editor de Arzalia y también un autor reconocido, con obras que abordan la Segunda Guerra Mundial o la carrera espacial. Y Bárbara Mingo –que, como Miguel Aguilar, también ha publicado grandes traducciones– domina asimismo el ingrato arte de comunicar novedades editoriales y publica en Caballo de Troya. Es la nuestra una industria resolutiva, donde en cierto modo todos sabemos un poco de todo: recordemos que el mismo Javier Marías fue autor de obra propia y traducida, y editor en el doble sentido anglosajón (esto es, como *editor* y como *publisher*).

Las lecciones que obtenemos de esta mirada sobre el sector son sin duda agridulces: en primer lugar, todos nuestros colaboradores suenan cansados. Esto importa: más allá de las consabidas estadísticas –cuyos porcentajes nada dicen en realidad sobre el ecosistema editorial, por mucho que le marquen el tallaje–, nos encontramos con profesionales abocados a trabajar sin descanso, contra viento y marea, para brindar al mundo títulos cuya recepción es casi siempre decepcionante. Ayer y hoy publicar significa difundir, «hacer patente y manifiesto al público algo», pero parece que nunca el público estuvo menos reacio a prestar atención.

En segundo lugar, la edición se nos muestra como un edificio donde las cuitas se comparten y se sufren casi por igual. Así como se dice que el aleteo de una mariposa en Sri Lanka puede provocar un huracán en Estados Unidos, así también las particularidades de cada sector parecen amenazar al todo que compartimos. Y del que vivimos.

Por eso merece la pena ahondar en qué sucede y reflexionar sobre ello. De ahí que sigamos publicando esta revista, *Texturas*.

Centrada en la industria del libro, *Texturas* es una revista para la reflexión, pero ¿qué significa «reflexionar»? Expliquémoslo contando una batallita. Para ello, debemos viajar de 2023 a 1983. Porque aquel otoño, en que todos leíamos una novedad titulada *El nombre de la rosa*, sucedieron dos episodios clave de la Guerra Fría. El primero fue un suceso real y tuvo lugar el 26 de septiembre, cuando un teniente coronel de las Tropas de Defensa Aérea Soviéticas llamado Stanislav Petrov evitó una catástrofe mundial al hacer caso omiso de los avisos de un radar nuclear soviético de alerta temprana, cuyas señales –erróneas– aseguraban que Estados Unidos había lanzado varios misiles balísticos contra su país. Petrov apostó por creer que el ordenador del búnker Sérpujov-15 se equivocaba y, al negarse a dar parte de inmediato a sus superiores, evitó que el mundo llegara a su fin. De no haberlo hecho, no estarías leyendo esto, pero lo hizo y con el tiempo fuimos olvidando su hazaña.

De naturaleza muy distinta, el segundo episodio se relaciona con una obra de ficción y tuvo lugar el 20 de noviembre, fecha en que el canal estadounidense ABC emitió una película titulada *El día después*. Anunciada como «tal vez el film más importante jamás hecho» y dirigida por Nicholas Meyer, *El día después* no perdía un segundo en hablar de buenos o malos y se centraba en ver qué sucedería si alguien llegaba a activar el desastre nuclear, para mostrar al espectador cuáles serían las consecuencias directas para la gente de a pie. Nos mostraba cómo más allá de los titulares de los periódicos queda un presente por construir, vengan bien o mal dadas. Aquel domingo cien millones de personas vieron *El día después*. Con los años, acabaría emitiéndose en el bloque soviético, así como en China o Cuba. Y, por fortuna, desde su estreno han pasado ya más de catorce mil seiscientos días.

Vaya por delante una obviedad: hacer una revista tiene poco o nada que ver con los arsenales nucleares. Sin embargo, nuestra tarea, como la de Petrov, a veces consiste en saber reconocer cuándo se invoca al Apocalipsis demasiado pronto. Porque sí, es cierto que en 2023 la edición no pasa por su mejor momento, pero continúa siendo una industria con cinco siglos a sus espaldas que sigue dando guerra.

Otras veces nuestra tarea, como la de Meyer, consiste en dejar constancia no sólo de lo que sucede, sino también de lo que puede pasar. Y en transmitirlo con el poder de la palabra para explicar el mundo que disfrutamos, sin negarnos a ver las amenazas que nos acechan. De ahí que, en vez de celebrar los primeros cincuenta números de *Texturas*, hayamos apostado por el 50+1: es este «número después» el que nos interesa, porque, vengan bien o mal dadas, hoy nos queda un presente por construir. Por eso seguimos reflexionando (del lat. tardío *reflexio*, *-ōnis*, o «acción de volver atrás»), para tomar

perspectiva, desechar falsas amenazas y ver el efecto de lo que sucede y de lo que puede suceder a pie de calle.

Una última cosa. En esta revista somos muy fans de Billy McBride, el abogado golfo de *Goliath*, la serie protagonizada por Billy Bob Thornton. En un momento dado, a la hora de dirigirse al jurado, en la primera temporada, Billy recuerda en la sala un viejo refrán africano que reza más o menos así: «Quien piense que es demasiado pequeño para cambiar las cosas, que pruebe a dormir con un mosquito en la habitación». Gracias por seguir siendo mosquitos. Gracias por seguir con nosotros.